

“El neoliberalismo nos ha conducido precisamente al lugar que ideológicamente pretendía evitar: la guerra mundial, el fascismo y el genocidio”

Entrevista a Maurizio Lazzarato

Por Comité Editorial
Traducción Ezequiel Gatto

Maurizio Lazzarato es un filósofo y sociólogo italiano radicado en Francia, miembro del Collège International de Philosophie e investigador en el Matisse/CNRS, de la Universidad de París I. Ha escrito sobre temas como la precariedad laboral, la producción inmaterial, el neoliberalismo y la deuda.

En diálogo con el Comité Editorial de Laboratoria, el filósofo reflexiona sobre la financiarización de la economía global, la emergencia de las nuevas derechas y el papel de las guerras en la reproducción del capital.

¿Qué se puede esperar de sistemas democráticos cada vez más condicionados por intereses financieros y extractivistas, que han formado parte de las presiones que arrastraron a los países latinoamericanos a rupturas institucionales y dictaduras durante el siglo XX? ¿Cree que el capitalismo está empujando a nuestra región hacia nuevas situaciones de inestabilidad y, eventualmente, hacia un escenario de guerra?

Para responder a la pregunta es necesario analizar la coyuntura económica, política y militar. El análisis de lo que está sucediendo en Estados Unidos, corazón del poder capitalista, es fundamental, ya que todas las crisis y guerras que han sacudido y siguen devastando el mundo, han surgido de su economía y de sus estrategias de poder.

En el centro del problema está el fracaso del modelo económico y político de Estados Unidos, que inevitablemente los lleva a la guerra, al genocidio y a la guerra civil interna, que por ahora es latente pero que ya se materializó una primera vez con el asalto al Capitolio al final de la presidencia de Trump.

La economía estadounidense está en estado comatoso. A fines de abril de 2024, la deuda pública total, llamada "Total Treasury Security Outstanding", es decir, la suma de las diversas obligaciones y bonos del tesoro, era de 34.617 mil millones de dólares. Doce meses antes, esta suma era de 31.458 mil millones. En un año, la deuda pública ha aumentado en 3.160 mil millones de dólares, lo que equivale al nivel de deuda pública de Alemania, la cuarta potencia económica mundial. Pero lo más alarmante es su progreso exponencial, que está completamente fuera de control: un aumento de 1.000 mil millones cada cien días. Hoy en día, ya estamos en 1.000 mil millones cada 60 días.

Si hay una nación que vive a costa del mundo entero, son los EE.UU. El resto del mundo paga sus deudas, los gastos desmesurados del "American way of life" (de la que, evidentemente, solo una parte de los estadounidenses se beneficia) y su enorme aparato militar de dos maneras principales. La primera: a través del dólar (la mercancía más intercambiada del mundo), los EE.UU. ejercen un señoreaje sobre el planeta, ya que su moneda nacional funciona simultáneamente como moneda para los intercambios internacionales, permitiéndoles endeudarse como ningún otro país. La segunda es que, después de la crisis de 2008, los EE.UU. encontraron otro sistema para transferir los costos de su deuda a otros países: a través de una reorganización de las finanzas, los capitales (en especial los de sus aliados, principalmente Europa) se transfieren a EE.UU. para pagar los intereses de la deuda a través de los fondos de inversión. Tras la crisis financiera, se ha creado una concentración de capitales gracias a 15 años de "Quantitative Easing" (liquidez a costo cero) operada por los bancos centrales, lo que ha generado un monopolio de dimensiones sin precedentes en el capitalismo. Con la ayuda política de las administraciones de Obama y Biden, un grupo muy reducido de fondos estadounidenses administra un activo que oscila entre los 44.000 mil millones de dólares y los 46.000 mil millones.

Para tener una idea de lo que significa esta concentración monopólica puede compararse con el PBI de Italia (de 2.000 mil millones de dólares) o con el de toda la Unión Europea (18.000 mil millones). Los "Big Three", como se les llama a los tres fondos más importantes, Vanguard, Black Rock y State Street, constituyen una única entidad, ya que las propiedades de los fondos están entrelazadas y son difíciles de atribuir.

La fortuna de este hipermonopolio se ha construido sobre la destrucción del Estado de bienestar. Los estadounidenses se ven obligados a contratar seguros de todo tipo: para las pensiones, la salud, la educación y cada servicio social. Ahora es el turno de los europeos y del resto del mundo occidental (pero también de la América Latina de Milei) de ponerse en manos de los fondos al ritmo dictado por el desmantelamiento de los servicios sociales (el salario indirecto garantizado por el Estado de bienestar se transforma en un costo que cada uno debe asumir para garantizar su propia reproducción).

Los EE.UU. tienen un doble interés en continuar e intensificar el desmantelamiento del Estado de bienestar a nivel mundial: uno, económico, porque induce a invertir en los seguros de los fondos (que a su vez compran Bonos del tesoro u obligaciones y acciones de empresas estadounidenses); otro, político, porque la

privatización de los servicios significa individualismo, financiarización del individuo, que pasa de ser trabajador o ciudadano a convertirse en un pequeño operador financiero (y no en empresario de sí mismo, como recita la ideología dominante). Las políticas fiscales también convergen en el proyecto de anular el Estado de bienestar. No se cobran impuestos a los ricos ni a las empresas, se elimina la progresividad fiscal, por lo que ya no hay dinero para los gastos sociales, y así se fomenta la compra de seguros privados que acaban en los fondos de inversión.

El proyecto de destruir lo que se había logrado tras doscientos años de luchas está en marcha. La rápida e increíble pobreza en Europa se debe al drenaje organizado por el aliado estadounidense. Los Estados europeos han reemplazado a China y el sudeste asiático en la compra de Bonos del tesoro estadounidense, y al continuar desmantelando el Estado de bienestar, obligan a los europeos a contratar seguros que terminan en los fondos de inversión, que convierten los euros en dólares para sostener una dolarización cada vez más amenazada por el rechazo del Sur a someterse al dominio de la moneda estadounidense.

Este proceso de transferencia de riqueza ya ha comenzado en América Latina, donde Milei es la vanguardia de la nueva financiarización que apunta a privatizarlo todo. El neofascismo de Milei es un laboratorio para adaptar las técnicas de saqueo estadounidenses adoptadas en Europa, Japón y Australia a economías más débiles. No se trata del fascismo clásico, sino de un nuevo fascismo basado en las rentas y los fondos de inversión que Milei encarna.

Como decía Kissinger: "Ser enemigo de los EE.UU. puede ser peligroso, pero ser su amigo es fatal".

Esta enorme liquidez ha permitido a los fondos comprar, en promedio, el 22% de todo el índice de Standard & Poor's, que incluye las 500 empresas más importantes que cotizan en la Bolsa de Nueva York. Los fondos ya están presentes en las empresas y bancos más importantes de Europa, y sus especulaciones prácticamente deciden el destino de la economía, dirigiendo las decisiones de los "empresarios".

Se ha delirado sobre la autonomía del proletariado cognitivo y sobre la independencia de la nueva composición de clase. Nada más falso. Quien decide dónde, cuándo, cómo y con qué fuerza de trabajo producir (asalariada, precaria, servil, esclavizada, femenina, etc.) sigue siendo quien posee el capital necesario, quien tiene la liquidez y el poder para hacerlo (hoy, sin duda, los "Big Three"). No es el proletariado, que está más débil que en los últimos dos siglos. No hay autonomía ni independencia; la realidad de clase es subordinación, sujeción y sumisión como nunca en la historia del capitalismo.

Ser "trabajo vivo" es una desgracia, ya que siempre es trabajo comandado, como el de mi padre y mi abuelo. El trabajo no produce "el" mundo, sino "el mundo del capital", que hasta donde sabemos es una cosa muy diferente, porque se trata de un mundo de mierda. El trabajo vivo solo puede conquistar autonomía e independencia a través del rechazo, la ruptura, la revuelta y la revolución. Sin ello, ¡es impotencia asegurada!

“

Este proceso de transferencia de riqueza ya ha comenzado en América Latina, donde Milei es la vanguardia de la nueva financiarización que apunta a privatizarlo todo. El neofascismo de Milei es un laboratorio para adaptar las técnicas de saqueo estadounidenses adoptadas en Europa, Japón y Australia a economías más débiles.

”

El programa de los fondos es financiarizar todo para privatizarlo todo. La crisis de las hipotecas subprime era sectorial; la especulación estaba concentrada en el sector inmobiliario. Aquí, la finanza es omnipresente en todas las relaciones sociales. De Obama a Biden, las administraciones demócratas han acompañado la infiltración de los fondos especulativos en toda la sociedad, no queda un ámbito de la vida que no esté financiarizado.

Financiarización de la reproducción: se habla mucho de la centralidad de la reproducción en los movimientos, pero con un retraso abismal respecto a la acción de los fondos, cuya primera condición es la destrucción del Estado de bienestar. Los demócratas han abandonado cualquier intención de crear un nuevo Estado de bienestar y se enfocan completamente en la privatización de cada servicio social. Incluso lo han teorizado: la democratización de las finanzas debería resultar en la financiarización de la clase media. Los fondos, a los que los demócratas les han facilitado las cosas de todas las maneras posibles, garantizarían una inversión financiera segura, por lo que los estadounidenses (aquellos que puedan permitírselo, ya que los pobres, las mujeres solteras y la gran mayoría de los trabajadores están excluidos), deberían comprar los títulos producidos por los fondos para asegurarse el ingreso y los servicios que el trabajo ya no les proporciona.

Para Kamala Harris la clase media llega hasta un ingreso de 400.000 dólares al año. Un dato significativo de la composición social de referencia de los demócratas. El trabajo y los trabajadores han desaparecido completamente del horizonte de aquellos, así como de la "izquierda" en general. El milagro de la multiplicación de los panes y los peces, replicado por las finanzas y que ya falló en 2008, se propone hoy nuevamente como solución a la "cuestión social".

Financiarización de los precios: no es el mercado (el juego de la oferta y la demanda de bienes) lo que decide los precios, sino las apuestas de los operadores (a través de los derivados) que no tienen ninguna relación con la producción o el comercio real. Los precios los definen operadores financieros controlados por empresas que tienen una posición de monopolio u oligopolio absoluto en sectores como la energía, los alimentos y las materias primas (los principales accionistas de estas empresas son los fondos). La inflación que estalló recientemente fue producida por la especulación en los precios y no por un aumento de los salarios o del gasto social.

Financiarización de las empresas: las empresas han sido transformadas en agentes financieros. Incluso las que generan beneficios reales despiden a sus empleados. Sus enormes dividendos ya no se invierten, sino que en su mayoría se distribuyen a los accionistas o se utilizan para recomprar sus propias acciones, aumentando su valor y su capitalización, que ya no tiene relación alguna con lo que producen o venden realmente.

Toda esta financiarización, que afecta la "vida" en su conjunto, está provocando un aumento de las diferencias en ingresos y, sobre todo, en patrimonio, cuyas primeras víctimas son los trabajadores y toda la población que no puede permitirse comprar títulos. Las teorías de la biopolítica y el análisis de Michel Foucault

sobre el neoliberalismo han ejercido una influencia funesta sobre el pensamiento crítico. Foucault entendió al neoliberalismo como una teoría de la empresa y la subjetivación como un devenir "empresarios de sí mismos". No mencionó siquiera el crédito, la moneda y las finanzas sobre las que se ha construido la estrategia capitalista desde los años setenta. El "gran endeudamiento del Estado, las familias y las empresas" (Paul Sweezy), y no la producción de las empresas, es el principal instrumento de la contrarrevolución. La empresa es una idea de los ordoliberales que pertenecen a un Occidente industrial (el de los años Treinta y la Posguerra) que ha muerto definitivamente. Foucault simplemente se equivocó de época, al igual que sus discípulos, quienes han reproducido los errores del maestro (véase a Dardot y Laval entre otros). La subjetivación no está representada por el empresario, sino por la transformación de los individuos (no todos, como hemos dicho) en agentes financieros. La financiarización de la clase media, perseguida por el acuerdo entre demócratas y fondos, es la última quimera destinada a desvanecerse en la nada en el próximo colapso.

El crecimiento en Occidente es solo financiero. Su producción (el dinero que genera más dinero sin pasar por la producción) es una ficción, una fabricación de papel sin valor, pero con efectos reales: los fondos hacen subir los precios de las acciones de las empresas en las que son accionistas para obtener dividendos que se distribuyen a los suscriptores. No se trata de nueva riqueza, sino simplemente de apropiación, captura y robo de un valor ya existente, trasladado del resto del mundo a los EE.UU., y desde el punto de vista de las clases, del trabajo al capital especulativo. Si este "robo" de riqueza producida en el resto del mundo se detiene, todo el sistema colapsa.

El verdadero nombre de este proceso es renta. Su circuito está garantizado y asegurado por la dolarización, y es por eso que los EE.UU. nunca podrán aceptar un mundo multipolar; están obligados al unilateralismo y a saquear a sus aliados porque el Sur global ya no quiere funcionar como colonia (rol asumido completamente por Europa, Japón, Australia, etc.). Las oligarquías que gobiernan Occidente son el fruto de la financierización y funcionan exactamente como la aristocracia del "Ancien Régime". Aquí es necesaria una nueva noche del 4 de agosto de 1789, en la que se abolieron los privilegios de la aristocracia feudal.

Los Estados Unidos están en un callejón sin salida: están obligados a aumentar las tasas de interés para atraer capitales de todo el mundo, de lo contrario colapsan, pero este mismo aumento de las tasas estrangula la economía estadounidense. Cuando las bajan, como ahora por motivos electorales (durante la campaña electoral, los demócratas son acusados de estrangular la economía), solo los especuladores (principalmente los fondos) se benefician, apostando por su evolución. Así como la gran liquidez puesta a disposición de la economía por los bancos centrales nunca llegó a la producción real, sino que se detuvo en las finanzas, esta reducción de las tasas tampoco tendrá ningún impacto en la economía real, solo activará la especulación.

Los EE.UU. son incapaces de salir del círculo vicioso de la renta, por lo que la guerra es la única solución desde 2008, cuando quedó claro que la economía

estadounidense se basaba en la producción de rentas. De ahí la voluntad de continuar y expandir la guerra, de continuar financiando y legitimando el genocidio y de hacer crecer los nuevos fascismos en el poder en todas partes. El futuro cercano parece ser este.

En julio de 2024, se publicó un documento de la "Comisión sobre la Estrategia de Defensa Nacional" del Congreso estadounidense en el que se afirma, sin rodeos, que los EE.UU. deben prepararse para la "gran guerra" contra el Sur global, centrada en Rusia y China. En los próximos años se deberá movilizar a todos los sectores de la sociedad siguiendo el modelo de lo que se hizo antes y durante la Segunda Guerra Mundial contra una amenaza que no ha sido tan grave desde 1945.

El primer objetivo es transformar una industria que ya no existe en una industria de guerra. El informe dice: "La Comisión considera que la base industrial de defensa de EE.UU. (DIB, por sus siglas en inglés) no puede satisfacer las necesidades de equipos, tecnología y municiones de los Estados Unidos, sus aliados y socios. Un conflicto prolongado, especialmente en varios escenarios, requeriría una capacidad mucho mayor para producir, mantener y reponer armas y municiones. Para abordar este déficit, será necesario aumentar las inversiones, incrementar la capacidad de producción y desarrollo, la producción conjunta y coproducción con aliados, y una mayor flexibilidad en los sistemas de adquisición. Esto requiere una asociación con una base industrial que no solo incluya a los grandes fabricantes de defensa tradicionales, sino también a nuevos participantes y a una amplia gama de empresas involucradas en la producción de niveles inferiores, la ciberseguridad y los servicios habilitantes".

El Estado y las administraciones deben coordinarse en lo que el documento llama "disuasión integrada". Se debe prestar especial atención a la fuerza laboral para recalificarla en función de la economía de guerra, después de haber sido desmantelada por la financiarización y la renta. Los diferentes departamentos de la administración deben coordinarse con vistas a la guerra, "incluidos el Departamento de Estado y la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), los departamentos económicos (como el Tesoro, el Comercio y la Administración de Pequeñas Empresas) y los que apoyan el desarrollo de una fuerza laboral estadounidense fuerte, como el Departamento de Trabajo y Educación. Al igual que durante la Guerra Fría, estos departamentos y agencias deben tener un enfoque estratégico en la competencia, ahora en particular contra China".

Para hacer esto, de acuerdo con los principios de la renta y las oligarquías, las inversiones deben ser privadas para inundar a las oligarquías de dólares. Se habla claramente de una "llamada a las armas" bipartidista, los demócratas y los republicanos deben educar a una opinión pública inconsciente del peligro mortal que corre y que debe estar preparada para soportar los costos de una guerra mundial (se menciona el enorme porcentaje del PBI invertido en armas durante la Guerra Fría): "El público estadounidense no es consciente de los peligros que enfrenta Estados Unidos ni de los costos (financieros y de otro tipo) necesarios para prepararse adecuadamente. No aprecian la fuerza de China y sus asociaciones, ni las ramificaciones para la vida diaria si estalla un conflicto. No están anticipando interrupciones en su energía, agua o acceso a todos los bienes de los que dependen. No han internalizado los costos de

“

Los EE.UU. son incapaces de salir del círculo vicioso de la renta, por lo que la guerra es la única solución desde 2008, cuando quedó claro que la economía estadounidense se basaba en la producción de rentas. De ahí la voluntad de continuar y expandir la guerra, de continuar financiando y legitimando el genocidio y de hacer crecer los nuevos fascismos en el poder en todas partes.

”

que los Estados Unidos pierdan su posición como superpotencia mundial. Se necesita urgentemente una 'llamada a las armas' bipartidista para que los Estados Unidos puedan realizar los grandes cambios e inversiones significativas ahora, en lugar de esperar al próximo Pearl Harbor u 11 de septiembre. El apoyo y la determinación del público estadounidense son indispensables".

Ernst Jünger habría dicho que están preparando la "movilización total". Tienen un pequeño problema: han creado una economía y una riqueza para unos pocos, mientras que los muchos han sido empobrecidos, marginados y precarizados. Ahora parecen darse cuenta de que necesitan a los muchos, que se requiere una "fuerza laboral fuerte y preparada", una nación y un espíritu nacional para defender la economía y la propiedad de unos pocos. ¡Buena suerte!

El triunfo electoral de figuras populistas de extrema derecha en Sudamérica parece llevarnos, medio siglo después, al escenario original del neoliberalismo de los años setenta (y a su necesidad de una plataforma bélica): dictaduras que imponían políticas económicas de ajuste de libre mercado, mientras lanzaban al mismo tiempo una brutal represión. Gobiernos como los de Bolsonaro, Milei y Noboa, en los últimos años, han aplicado políticas económicas neoliberales y han alentado acciones represivas violentas y discursos belicosos. ¿Cómo cree usted que han logrado obtener un amplio apoyo social y popularidad, incluso en contra de los intereses de gran parte de la sociedad?

La coyuntura que he descrito marca el fin de la gubernamentalidad neoliberal, que había surgido para impedir la reproducción de los resultados del fin del liberalismo clásico: la guerra mundial y el fascismo. Sin embargo, el neoliberalismo nos ha conducido precisamente al lugar que ideológicamente pretendía evitar: la guerra mundial, el fascismo y el genocidio.

En el régimen de guerra en el que vivimos, el capitalismo y su Estado necesitan el fascismo, ya que la situación puede describirse como una combinación de "nueva acumulación originaria" (Karl Marx) y "estado de excepción" (Carl Schmitt), donde la violencia, la fuerza y el enfrentamiento armado suspenden el derecho y las normas (jurídicas, económicas y sociales), redefinen las clases y reestructuran el Estado. Esto solo es posible con la gran violencia que se ejerce en la acumulación originaria y en el estado de excepción, que vemos actuando en todo el planeta.

En una situación donde es la fuerza la que decide, no son útiles los liberales, sino los fascistas, que a diferencia de la primera mitad del siglo XX, ni siquiera necesitan destruir a los enemigos del capital (los comunistas, el movimiento obrero, los bolcheviques), ya que el capital y el Estado no están amenazados por nadie. Los movimientos que se han desarrollado en los últimos cincuenta años son demasiado débiles para representar un peligro para el capitalismo.

Los nuevos movimientos fascistas no son una simple réplica de los fascismos de los años 20 y 30. Tenemos a los herederos del fascismo histórico, como en Italia y Alemania (o Bolsonaro en Brasil), y un fascismo de personajes como Musk y Thiel, que emerge de Silicon Valley, un fascismo tecnológico, transhumanista y "libertario" que se alineó con Trump. Milei está más cerca de este último.

De todos modos, todos ellos están en defensa de la propiedad privada y de los procesos de financiarización de las oligarquías. Lo nuevo que aportan es una intensificación del Estado policial con la aprobación de leyes cada vez más represivas. Por ejemplo, el decreto de seguridad recientemente aprobado por el gobierno fascista italiano impone penas inverosímiles para quienes se atreven a manifestar disenso frente a cualquier decisión del poder económico y policial.

En Francia, incluso las normas democráticas han sido suspendidas: Macron, tras dos derrotas electorales consecutivas, y después del fracaso de su proyecto de llevar a los fascistas al poder, puede ahora, después de la victoria electoral de la izquierda, buscar al primer ministro en un partido que obtuvo solo el 5% de los votos, sin ni siquiera mencionar la participación en un "frente republicano contra Marine Le Pen, recomponiendo toda la derecha fascista, en total desprecio por las reglas de la democracia liberal y el Estado de derecho. Insisto: es la fuerza la que decide en momentos como este. En resumen, la derecha liberal y fascista, al menos en Occidente, es una derecha pro Wall Street (financiarización generalizada), por Estado policial y pro régimen de guerra.

Creo que su éxito se debe al fracaso de las políticas de la "izquierda".

_____ Principios de este siglo, en Sudamérica se instalaron gobiernos de izquierda o progresistas que, entre otras cosas, construyeron discursos combativos contra sus adversarios. Incluso cuando estos gobiernos beneficiaron a los sectores empobrecidos de la sociedad y promovieron el desarrollo económico, fracasaron en lo que ellos mismos proponían como una "batalla cultural" (una "batalla cultural" que, como usted ha señalado, ahora es citada repetidamente por Milei como un baluarte ganado). ¿Por qué cree que no lograron convencer a sus sociedades?

La contrarrevolución iniciada en los años setenta tenía como principio fundamental la imposibilidad del reformismo. La estrategia capitalista había establecido el fin de cualquier tipo de mediación, a la que se había visto obligada debido a las revoluciones del siglo XX, que forzaron al poder a comprometerse con el movimiento obrero. El bienestar social, las políticas salariales y progresistas tenían como objetivo integrar a la clase obrera (al menos en el Norte) en la lógica capitalista. Históricamente, el reformismo y la socialdemocracia solo son posibles si la revolución está en curso o amenaza con reproducirse.

En los años setenta, el ciclo de las revoluciones del siglo XX (en la historia de la humanidad nunca ha habido tantas revoluciones en un mismo período) se cerró con la derrota de la revolución. A partir de entonces, el reformismo ya no es posible, la socialdemocracia desaparece en Occidente y se reproduce en América Latina, pero en un contexto internacional y una economía mundial que ya no es favorable a políticas progresistas.

Las hipótesis "reformistas" estaban destinadas a ser dejadas de lado, también porque siempre han sido "ambiguas" respecto a las políticas neoliberales y no han representado una alternativa completa y radical como lo fue el comunismo en el siglo XX. Siempre han actuado a medias, en parte porque no había espacio para hacer más. No creo que el límite sea cultural, sino político.

La dimensión cultural es uno de los grandes dilemas de la teoría y la práctica marxista: ¿cómo ve la producción cultural articulada en las guerras del capital en la actualidad? ¿Se puede sostener en el concepto de "hegemonía"? ¿Cree que los entornos y redes digitales pueden acoger, en este sentido, las luchas simbólicas que puedan darse a través de la cultura?

No creo en el uso inflacionado del concepto de hegemonía, especialmente cuando se conjuga con la cultura. La hegemonía producida por el movimiento obrero se basó en la lucha de clases y en las revoluciones del siglo XX, todas ellas llevadas a cabo en el Sur global o en la periferia del centro capitalista. Es la revolución la que permitió una cierta hegemonía política durante un siglo, que también fue cultural. Pero no se debe invertir la causalidad. No se deben cambiar las prioridades utilizando a Gramsci, que, pobrecito, no es culpable del uso ambiguo de sus categorías.

Una vez derrotada la revolución, también se disolvió la "hegemonía" cultural. Las ideas de los oprimidos solo pueden sostenerse si hay relaciones de fuerza y la posibilidad de una ruptura radical. Las ideas dominantes (la "cultura") son las ideas de la clase dominante (que tiene y ejerce el poder), como decía Marx. El problema me parece claro: o recuperamos el poder, o establecemos relaciones de fuerza con el enemigo, o la cultura de los oprimidos no puede afirmarse, no puede encontrar espacio.

El gran límite del reformismo es que prácticamente es una política de redistribución que no toca la división primaria del trabajo, la que define a quién va el valor producido. En el fordismo, la división primaria era entre capital y trabajo; después de los años setenta, cambió: la distribución de la propiedad se da entre quienes tienen títulos y quienes no tienen propiedades financieras. Hoy en día, en las empresas se privilegia a los accionistas en detrimento de los trabajadores. El reformismo acepta estas divisiones primarias tanto en el fordismo como en la economía contemporánea. Sus políticas solo pueden moverse dentro de estas divisiones, lo que provoca su subordinación fundamental, mientras que las revoluciones y el comunismo las ponían en tela de juicio.

¿Cuál es el sujeto revolucionario del presente? El capitalismo está haciendo mucho para hacer desaparecer todo lo que significaba el trabajador en siglos anteriores, cada vez más precario y aislado. ¿Cree en la posibilidad de un sujeto global o que este se forme en base a las articulaciones de cada región o país?

Las luchas existen y son importantes. Pienso, por ejemplo, en el norte de África, inmediatamente después de la crisis financiera, o en la insurrección chilena, que estalló precisamente en el país donde nació el neoliberalismo. Lo que me parece que falta es un saber estratégico, que no es un saber científico ni un saber filosófico, sino un saber sobre la ruptura y sobre las formas de organización y lucha necesarias para hacerla efectiva. La ruptura y su organización son la condición para la autonomía y la independencia del sujeto político revolucionario.

En los últimos dos siglos, esta ha sido la tarea fundamental de los movimientos políticos, con muy buenos resultados. Ahora, este saber estratégico, cultivado y desarrollado por las revoluciones del siglo XX, ha sido abandonado, eliminado, incluso bajo la propaganda de las ideas dominantes. Solo existen puntos de vista sectoriales (movimientos feministas, antirracistas, decoloniales, etc.), incapaces de construir la propuesta de una revolución para todos. ¡Si no es para todos y de todos, no es una revolución!

La contundente derrota política de la insurrección chilena (a pesar de la ruptura lograda, la constitución de Pinochet sigue vigente) merecería un examen profundo, porque de las derrotas se puede aprender mucho, pero no me parece que se hayan realizado balances significativos sobre el asunto.

El problema que debemos discutir es la relación entre multiplicidad y dualismo. Los movimientos son múltiples, pero si no logran organizar el "dos", es decir, el enfrentamiento con el poder, no consiguen construir una fuerza contra el poder y son derrotados. La multiplicidad tiene miedo del "dos", del dualismo del poder, pero no se puede crear una multiplicidad política sin pasar por el dualismo del enfrentamiento con el poder. Si no se anticipa y organiza, se sufre, como está ocurriendo, especialmente en la fase política de guerra que se abrió con la crisis de 2008, en la que estamos inmersos. Los movimientos tienen dificultades para construir relaciones de fuerza, que es lo único que entienden los capitalistas y el Estado.

Los movimientos son interesantes, revelan nuevas relaciones de poder, producen nuevas subjetividades, pero no asustan a nadie. El miedo a la revolución, el miedo a la abolición de la propiedad privada, la verdadera piedra angular del capital, fue lo que obligó al poder a hacer concesiones. Pasado ese miedo, porque la propiedad privada ya no está amenazada, es más, está creciendo como nunca antes, el poder está recuperando todo y con intereses. El discurso sobre "lo común" es la ilusión de los movimientos de poder construir una propiedad común sin pasar por el conflicto radical con el enemigo, sin pasar por su destrucción. Hablo de ilusión porque lo que prolifera es la privatización.

Teniendo en cuenta que la acumulación de la deuda en América Latina está directamente relacionada con los conflictos sociales y políticos que la afectan actualmente, ¿es posible pensar que existe un diferencial en las subjetividades endeudadas que se producen en los países periféricos?

Creo que en Chile esto ya se ha concretado. En el país donde, por primera vez, los ciudadanos y los trabajadores fueron transformados en deudores, hubo capacidad para romper el resultado de la violencia extrema con la que se impuso la economía de la deuda. Repito, el problema es clásico: cuando la insurrección estableció una especie de dualismo de poder sin haberlo buscado ni teorizado (como lo hacían los revolucionarios), los diversos movimientos no supieron qué hacer ni hacia dónde ir. La toma del poder fue criticada, pero sin proponer una alternativa sobre cómo neutralizar el poder en acción del enemigo, que rápidamente se reorganizó y derrotó a los movimientos, obligándolos a retroceder.

En sus últimos trabajos, usted ha subrayado la importancia de la existencia del comunismo y los socialismos del siglo XX como condición para disciplinar al capital. De este modo, el espectro de la revolución habría permitido actualizar las reformas en beneficio de las mayorías. Estas experiencias fueron también experiencias militares o experiencias que consideraban el problema de la guerra. Según su diagnóstico, el abandono de esta dimensión de la política es clave para entender la dificultad de un horizonte emancipatorio. ¿Cómo cree usted que se debería reintroducir el problema de la guerra y de la violencia en general en el análisis y en los insumos estratégicos para relanzar las experiencias anti o postcapitalistas?

Tomemos el ejemplo del ciclo de acumulación contemporáneo. Nació de una década (1968-1979) de guerras civiles más o menos violentas contra la revolución mundial de la posguerra. El neoliberalismo nació en Sudamérica a partir de la violencia fascista, que impuso, tras la destrucción física de los movimientos revolucionarios, gobiernos donde los neoliberales se sentaban con los militares. En el norte del mundo, no fue necesario desarrollar tal violencia, bastó una derrota política infligida a los sindicatos (véase Reagan, Thatcher, etc.) y una violenta represión, como en Italia. La nueva acumulación, llamada después neoliberal, nació de la violencia, de las guerras civiles, de la derrota de la subjetividad.

Un chileno o un argentino que estaba luchando para cambiar el mundo se habría burlado del programa de convertirse en un "individuo" que debía hacerse cargo de su propia reproducción, aceptar el trabajo precario, el endeudamiento personal, etc. Solo una subjetividad derrotada podría aceptar las normas neoliberales. No se

puede aplicar ninguna norma donde exista un alto nivel de lucha de clases (como en los años sesenta y setenta). Primero se debe establecer el orden a cualquier costo (véanse Pinochet y Kissinger) y solo después llegan las nuevas normas productivas, sociales y jurídicas.

La nueva acumulación nace de conflictos de fuerza que establecen ganadores y perdedores, y estos últimos se ven obligados a aceptar las reglas impuestas. Sin esta derrota, repito, las subjetividades sudamericanas de la época nunca habrían aceptado las reglas de la economía de la deuda, nunca se habrían convertido en sujetos financieros (microcréditos, etc.).

El desarrollo del neoliberalismo demostró rápidamente sus límites, que llevaron a su final. Y el fin del neoliberalismo, como el del liberalismo clásico (gobierno del capitalismo competitivo), abrió paso a las guerras y los fascismos.

Así, el ciclo de acumulación comienza con la violencia de las guerras civiles y termina, como estamos viendo, con la guerra, el genocidio y las guerras civiles más o menos latentes, que también están ocurriendo en América Latina (Milei es el ejemplo más evidente en este momento). Si miramos atrás, incluso solo al siglo XX, podemos ver que la acumulación capitalista está estrechamente ligada a la guerra. Es un suicidio político hablar de economía y política sin hablar de guerras. La economía y la política son indisolubles de lo militar. El poder de EE.UU. es económico, político y militar (800 bases repartidas por todo el mundo). Estos niveles son inseparables.

La teoría crítica ha eliminado la guerra, el dualismo y la negación, y se ha visto completamente descolocada cuando la gran violencia ha resurgido. Los ciclos del capital comienzan con guerras y terminan con guerras. Si no se abordan estos temas, no se puede entender cómo pensar y organizar políticas de emancipación.

“

Los ciclos del capital comienzan con guerras y terminan con guerras. Si no se abordan estos temas, no se puede entender cómo pensar y organizar políticas de emancipación.

”